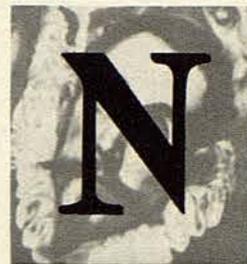




San Juan Bautista. CONVENTO DE MALAGÓN. CIUDAD REAL



Nadie podría hoy, sin temeridad, después de la serie, realmente admirable, de investigaciones y estudios bien pormenorizados y fundamentales que va desde la obra

magistral de M. B. Cossío hasta el bellísimo y penetrante libro de Marañón, *El Greco y Toledo*, que es el más adivinador y entrañable, aventurar la menor suposición negativa o reticente sobre la profunda sinceridad religiosa de Dominico Theotocópuli. El libro de M. Barrés, *Greco ou le Secret de Tolède*, todavía vigente, es, en el fondo, un homenaje y un reconocimiento de la fe luminosa del Greco.

Son tantas y tan palmarias las pruebas que de su religiosidad, de su sensibilidad mística, de sus creencias bien arraigadas nos dejó aquel genio singular, en sus obras y en su vida, acaso muy medida en sí misma y muy apartada del mundanal ruido, aunque no esquivaba ni a la amistad ni al diálogo, que nadie podría, de buena fe, eludir su valor demostrativo ni la evidencia de los datos que nos proporciona su propia existencia, que tuvo más de recatada e introvertida que de tumultuosa y sensorial.

No equivale esto a decir que era El Greco un temperamento huraño o huidizo: él gustaba de la amistad, de la música, de los buenos libros, de la amena y docta frecuentación de los hombres ilustres de su tiempo, de algunos de los cuales nos dejó puntual y glorioso recuerdo. Pero por temperamento, por disciplina, por natural inclinación de su ánimo, contemplativo y devoto, sentía una predisposición innata hacia la vida interior, hacia el recogimiento fecundo, penetrado de inquietud creadora y religiosa.

Se ha fantaseado con exceso en torno a los años de más prosperidad material del Greco, de la fastuosidad de su mesa, de diversiones, de músicas y amenidades que en su hogar, suntuoso —dicen— y mundano, tenían lugar. Es cierto que conoció la vida cómoda y disfrutó, sin duda, de no pocas facilidades durante el periodo mejor retribuido de su vida artística. En su cigarral, frecuentado por ilustres coetáneos, encontraron sus amigos acogimiento plácido, recreo y comodidad. El Greco no debía de ser ciertamente un administrador metódico y tacaño. No supo de ahorros ni de previsiones. Y de ahí sus no pocos apremios y deudas posteriores, que sin duda inquietaron su vejez. Pero nada más ajeno al temperamento del Greco, a su sentido austero, casi ascético, de los hombres y de las cosas, que el ruido y los excesos de una vida tumultuosa y mundana. En cambio sí sabemos de su soledad, de su retraimiento, de sus no pequeños que-

P. FELIX
GARCIA

HOMBRE DE MUCHA FE

brantos y penurias cuando la vida le fue revelando sus aristas más duras.

Es posible que cuando se habla de la espiritualidad y de la fe sincera del Greco se aluda inmediatamente a la presencia en su vida de la mujer misteriosa, que todavía no sabemos si fue su mujer legítima o un episodio, acaso el único, de su corazón. En el peor de los casos supondría una debilidad en su conducta, pero nunca una renuncia de su fe ni de sus creencias profundas. Poco e impreciso se sabe de la misteriosa Jerónima de las Cuevas, que debió de ser una mujer extraordinaria en belleza y en discreción, perpetuada por El Greco en esa maravilla de *La dama del armiño*. Lo que se sabe de cierto es que esta mujer es la única que penetró en la intimidad del Greco. «Y cuando esto acaece —comenta Marañón— en un hombre de su complicación y su genio, es seguro que ella era también una mujer excepcional. Pudo tener Theotocópuli amores episódicos, que ni quitan ni ponen al espíritu de monogamia, porque ésta no depende del lecho único, sino del amor único. Si se descubrieran pruebas de que nuestro pintor se perdió algunas veces por los arrabales del amor vedado, esto no destruiría la seguridad de que su espíritu se entendió sólo con el de esa mujer única, que a partir de su llegada a Toledo se reproduce a lo largo de toda la obra del pintor con variaciones que nos desconciertan y que no son otra cosa que las que impone la edad o los ensueños al tema del único amor.»

El único amor del Greco, breve sin duda por la muerte prematura de Jerónima de las Cuevas, que intensificó su vida íntima y apasionadamente religiosa, le sirvió en todo caso para la idealización de la mujer. *La dama del armiño* es un episodio real en la vida de su corazón. Pero de ella tomó la idea arquetípica de la mujer, que se reproduce en su obra pictórica, como trasfigurada y despojada de sensualidades ni incentivos humanos.

Hay en El Greco una innata limpieza de mirada y de espíritu; una religiosa visión de la vida y de las cosas, diríamos mejor. Sabemos que le deslumbró, pero no le captó, la sensualidad colorista del Ticiano; y que le irritaba la carnalidad pagana, deliberada, del *Juicio Final*, de Miguel Ángel, con quien chocó de plano, en su llegada a Roma. Es posible que su antipatía hacia Lope de Vega, habitual visitante de la imperial Toledo, cuando andaba perdido en andanzas amorosas, nada edificantes, con Micaela Luján, proviniera de la repugnancia y de la pena que le producían las liviandades y los escándalos de aquel Lope, genial y cínico, pecador constante e inconstante arrepentido. El Greco, monógamo, religioso sin tregua, hombre de un solo amor, vivió por motivos de índole moral y temperamental una vida retraída e intensa, sin concesiones al amor fácil y menos escandaloso, que hubiera repercutido, con graves consecuencias, en su obra y más todavía en su vida, que no hubiera perdonado la crónica maligna y polémica de su tiempo, como aconteció con la vida de Lope de Vega.

Sea lo que fuere, lo cierto es que los episodios de su vida, tan poco extravertida y publicitaria —como diríamos hoy—, en nada amenguaron la intensi-

dad y la sinceridad de su fe religiosa ni de su conducta moral.

Para explicar, o al menos tratar de comprender, el secreto de la pintura del Greco, que tuvo su época de incompreensión, en que se le buscó la clave en un visionarismo enfermizo y extravagante, hay que partir del hecho seguro, comprobado, de la disposición y contextura religiosa y mística de este candiota «embriagado de Dios y de crepúsculos» como dijo bella y expresivamente Eugenio d'Ors. Sin ese supuesto real la obra pictórica del Greco se convierte en un enigma o en el fruto de una alucinación tiránica. En cambio todo es coherente y explicable si se parte del hecho real, incuestionable, de que su obra es el resultado lógico, inspirado, de su profundo espiritualismo, impregnado de sustancia. El mismo Cosío, bien poco sospechoso, dice certeramente: «Dejóse penetrar, al llegar a Castilla, no sólo de aquel otro humanismo nacional, más horaciano, apacible y familiar, de Fray Luis de León, sino por el típico misticismo español, el del Maestro Juan de Ávila, el de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, ardoroso, sutil e intelectualista de un lado, y de otro contemplativo y recogido.» Barrés, con sus certeras adivinaciones del Greco, frente a las deformaciones románticas y la impermeabilidad de viajeros apresurados, comenta ante *El entierro del Conde de Orgaz*: «Et l'on a dit qu'il était fou!... Attention! Tout simplement, c'est un catholique espagnol; je veux dire qu'il réalise une certaine qualité de sublime, que peuvent produire toutes les nations catholiques, mais auquel l'espagnole attache son nom. Ses toiles complètent les traités de Sainte Thèrese et les poèmes de Saint Jean de la Croix. Elles initient à la vie intérieure des dignes Castellans.»

Pero esto no lo explica todo en el caso



La Santa Faz. MUSEO DEL PRADO

de la espiritualidad intransferible del Greco, que no es debida sólo a influencias externas asimiladas o coincidentes con la suya propia. Para explicar con plenitud al Greco hay que partir de él mismo, de la espiritualidad y la inclinación mística suyas, temperamentales; hay que partir de su propio genio, que se completó y halló motivos fecundos de inspiración y de desarrollo propicio. En Creta se inició

sin duda en el cristianismo primitivo, cargado de esencias apostólicas y de doctrina teológica de los Padres griegos. Su paso por Italia le sirvió para afirmarle más en su intimidad religiosa, en su fe sincera, en contraste con aquel espectacular cristianismo renacentista. En Roma no halló ni tono ni ambiente para su espíritu. Lo que por Italia vio chocaba con su sentido, todavía fluctuante, de la pintura, que no era para él sólo manipulación de colores y de formas, sino trasfiguración de almas. Para él «Miguel Ángel era un buen hombre que no sabía pintar». El juicio es excesivo y nada justo, pero explica en cierto modo su concepción de la pintura.

Por instinto o por presentimiento, o quién sabe si atraído por el prestigio de lo español, que se imponía entonces en el ámbito de lo material, pero mucho más de lo espiritual, se decidió El Greco a dar el salto, que iba a ser definitivo, a España. «Necesitaba el alma del griego errante —dice Marañón—, para ganar en plenitud, que su ambiente se completase con el factor definitivo, el geográfico; con la vida en un lugar donde el espíritu de la época, es decir, el influjo del tiempo, no actuara disperso, sino infundido en una humanidad concreta y numerosa. Esto sólo ocurría en España. Y por eso España fue, no el lugar de la «conversión» del Greco, como han dicho algunos, ni tampoco el lugar de su «renacimiento», sino el lugar de la madurez específica de su genio.»

En España, no obstante, experimentó sus primeras indecisiones. Castilla le sorprende, y acaso le desconcierta; pero el aire, la luz, los paisajes, el cielo, los tipos humanos le cautivan y le penetran. Es cierto que no se encuentra en El Escorial. Se siente como desplazado. El *San Mauricio*, realizado acaso con angustia, con temor, pero con ansia de imponer su estilo en aquel ambiente austero, sin duda, religioso a secas, y a la vez cortesano, reservado con preferencia para el Ticiano, es para El Greco la primera prueba, el primer desengaño doloroso. No fue comprendido, como lo atestigua el Padre Sigüenza en términos entre duros y elogiosos. El Rey, Nuestro Señor, Felipe II, quedóse frío, inexpresivo, ante aquella pintura sorprendente. Era el choque de dos espiritualidades, profundas las dos, pero diferentes; sincera y llamante la del Greco; austera y más complicada la del Rey.

España se desgarraba entonces entre dos tensiones: realismo e idealismo. El idealismo se llevó la mejor parte, porque no era un idealismo etéreo, sublimado, sin contacto con la realidad. Teresa de Jesús, Fray Luis de León —que también chocó con Felipe II— y San Juan de la Cruz, sabían bien de realidades, de caminos y leguas, y en la realidad se apoyaron para sus ascensiones místicas y trascendentes. El Greco, por afinidad de alma con los místicos, tomó su rumbo y les siguió en su vuelo. El Greco vivió la realidad de España profundamente, y la asimiló, a la vez que se completaba y maduraba la suya propia. Pero vivió la realidad del pueblo, no la de la Corte, siempre más complicada y menos directa.

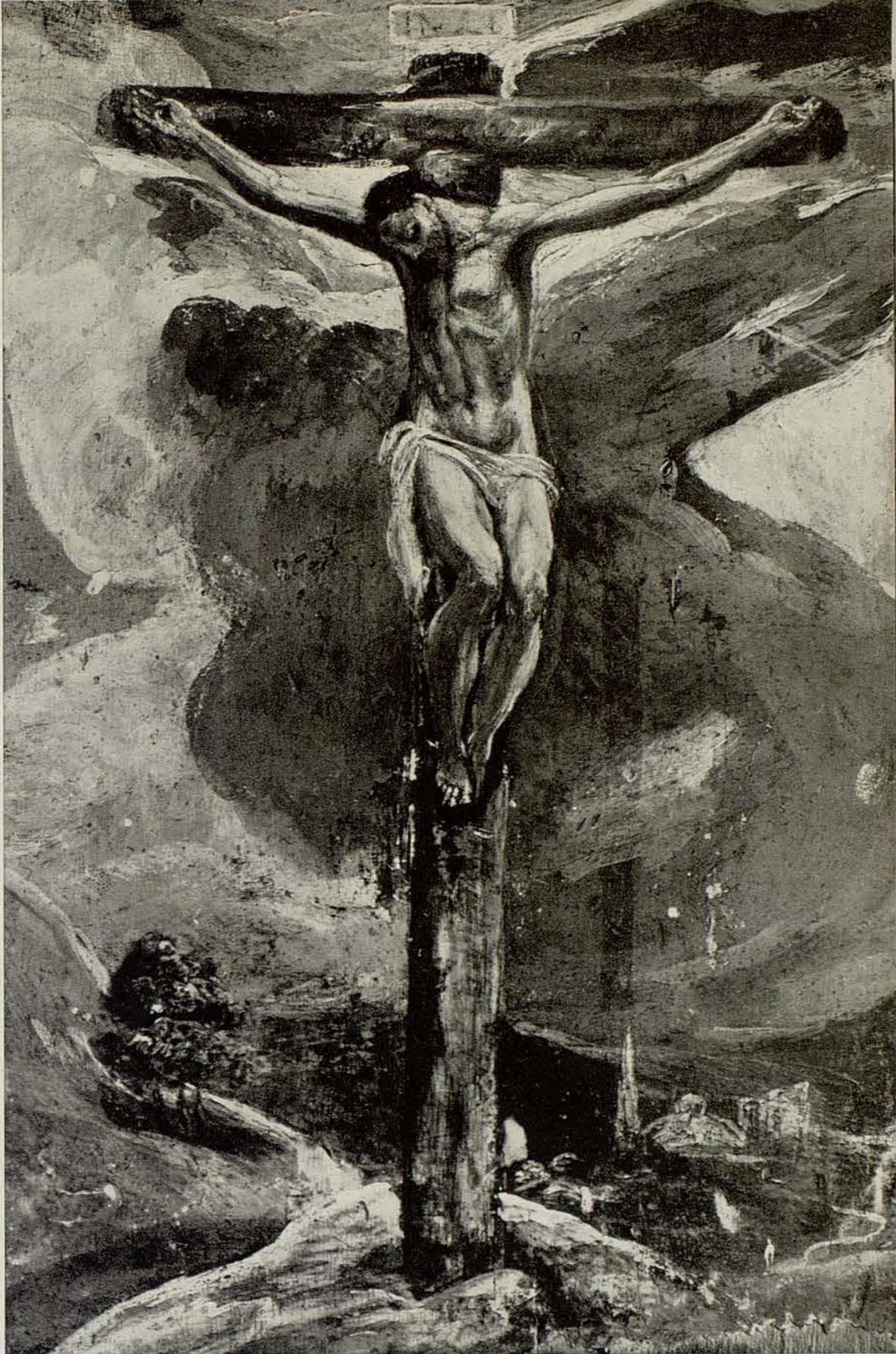
Se ha hablado, en un sentido lato, naturalmente, de la «conversión» del Greco, en España. Creo que más exacto se-

ría decir que en España se verificó el «encuentro» consigo mismo. Pero donde se concretó y se definió su «encuentro», su propio «hallazgo», fue en Toledo. Toledo le sugestionó y le fascinó. Toledo, «la mejor ciudad de España», como dijo Cervantes, fue su cuna espiritual, la que le configuró y potenció su genio. Ello era lógico. Allí encontró el ámbito adecuado para el despliegue de su espiritualidad, de sus sueños místicos. Toledo, punto de interferencia de razas y diversidades históricas, le ofrecía el más espléndido observatorio espiritual humano. Tipos, cielos, paisajes, tierras y recuerdos se le ofrecían allí en apasionante ebullición, con una riqueza desusada. Toledo fue, en definitiva, su ventura y su sepultura, su hallazgo y su gloria. «Por eso hay que decirlo una vez —afirma Marañón—: El Greco, emigrado del Oriente, encontró allí el clima propicio para la madurez de su genio y, además, el ambiente popular, cálido, creador, más eficaz que todos los estímulos, para ser, más que admirado, amado y comprendido.»

Su apasionada y sincera espiritualidad, que no disimuló ni mixtificó nunca, encontró en Toledo su mejor escenario y su motivo inagotable de inspiración. El tema religioso y místico, que él sentía con entrañable efusión, le absorbe de por vida allí, de un modo preferente. Allí se expansiona y encuentra la forma más adecuada de su espíritu y de su estilo. Él veía y captaba lo que otros veían quizá con deformación y sin sentido. Él no tenía más que traducir lo que llevaba dentro y le crecía con una tensión dominante, y recoger lo que le venía de fuera para fundirlo en una gloriosa y fecunda coincidencia. Ya es bien significativo observar —y sorprendente cómo no lo vieron cuantos han supuesto o creído ver anomalías ópticas y psicológicas en El Greco, de una manera torpe y tópica— que fue el pueblo quien primero se percató de la religiosidad, del fervor, de la unción mística de las pinturas del Greco, que él pintaba con preferencia, y por encargo, para las iglesias de los pueblos, o para las más tímidas y recatadas de las ciudades, como la de Santo Tomé, donde vive su inmortalidad inmarchita el *Entierro del señor de Orgaz*.

Aquel sentido místico, inconcreto, difuso, pero real, que respiraba el español del seiscientos, encontró su expresión más cálida y trascendente, más original y específica, en la pintura del Greco, en la prosa de Santa Teresa, de *Las Moradas*, y en el *Cántico espiritual*, de San Juan de la Cruz. Marañón, tan cordial y penetrante siempre, ha fijado ciertas coincidencias y atisbos, que sirven para emparentar esas almas egregias.

Se ha hablado hasta la saciedad del misticismo del Greco, de su pintura ascensional, de su lucha por transparentar almas y paisajes espirituales. Y es natural. Ese misticismo es el que explica al Greco el fenómeno de su obra pictórica. Pero su misticismo no es un misticismo nebuloso, metafísico, inconcreto, sino sincero, real, profundamente religioso, proveniente de su viva fe cristiana, que vive y conoce y cree con gozo los misterios del Señor y de su presencia en la vida cristiana, y ve en los hombres, recuperados por la gracia y el perdón, seres capa-



Crucifixión. COLECCIÓN DE LA SEÑORA VIUDA DEL DR. MARAÑÓN

ces de ser glorificados, candidatos a la salvación y a la santidad. El Greco ve la vida y los hombres en función de Dios. Y por eso ve a la humanidad en ascenso, que vive en espera del más allá.

Al candiotea egregio, que un día se le consideró loco y estrábico, le llegó su glorificación cuando se comprendió por la vía de lo espiritual, de la sinceridad de su fe, que dio el tono y el estilo a su pintura. El romanticismo, superficial, no pudo comprender la pasión religiosa del Greco, el pintor menos sensorial, menos artificioso, menos insincero, a pesar de las apariencias.

Con razón se le ha visto como embriagado de divinidad, sin que esto quiera decir que El Greco fuera una especie

de anacoreta, en vías de beatificación. Lo que sí decimos es que las posibles deficiencias de su conducta o sus posibles errores humanos en la vida cotidiana no contradicen ni anulan la configuración de su alma religiosa ni la sinceridad, contrita muchas veces, de su piedad y de su fe. Huxley le ve «encendido de fuego místico», cuando pinta, deseoso de alcanzar la unión estática por la gracia del Espíritu Santo. Pero no conviene perderse en excesos apolo-géticos y laudatorios.

Lo cierto es que el pintor pinta, con miras a la eternidad, almas en vuelo, almas en ascenso, redimidas, que buscan su centro de gravedad en Dios. Los misterios del Señor y de la Virgen, como

las figuras de los Santos, son los que busca con preferencia y con gozo. Todos conocen ese prodigio del *Entierro del señor de Orgaz*, que dilató su fama enormemente. Ante él se siente uno transportado, retenido. ¡Qué profunda expresión de verdad en aquellas figuras ilu-



San Benito. MUSEO DEL PRADO

minadas! Vendrán los técnicos y peritos y nos dirán del contraste alocado entre los caballeros e hidalgos toledanos de la parte inferior y la alucinante gloria de la parte superior. No importa. El genio del Greco brilla por igual en una y en otra parte, porque son expresión, distinta si se quiere, de su visión de lo sobrenatural y divino.

A partir de este cuadro, alternando con algunos retratos portentosos, pinta El Greco con preferencia cuadros de asuntos devotos, misterios del Señor, cabezas de Apóstoles, figuras de Santos, extáticos e iluminados; todo un mundo viviente de almas santificadas en el que encuentra El Greco su gloria y su deleite. El *San Ildefonso*, de Illescas, ante el que se detenía sin cansancio Zuloaga, es un prodigio, una cima de la pintura. Es el Santo que vive plenamente en Dios y en Dios busca el reflejo de toda hermosura y sabiduría. El Greco se recrea en los detalles y capta maravillosamente la profunda vida interior del Santo. Sería imposible apresar ese misterioso aire de lo divino, si no se presintiera o se viviera con eficacia y verdad.

¿Cómo citar ni preferir entre todo ese municipio de bellezas que son los cuadros del Greco? La *Visión del Apocalipsis*, con su paisaje misterioso, sus cielos y celajes inquietantes, nos da la más trascendida traducción de la visión impresionante del Águila de Patmos. La maravillosa *Sagrada Familia*, del Hospital de Afuera, de Toledo, la *Virgen de la Caridad*, de Illescas, y la estupenda *Adoración de los Pastores*, del Museo del Prado, serán siempre joyas incalculables de la pintura universal y de la pintura religiosa. El *San Francisco de Asís*, que pintó con intensidad y con amor, traspasado de unción, para sí mismo, nos hablará siempre de la honda vibración religiosa del Greco. La *Asunción de la Virgen*, de la iglesia de San Vicente, es una maravilla. El ala portentosa, firme y audaz, del ángel que sostiene a la Virgen en la subida celeste nos cautiva y nos levanta en admiraciones sin término. ¡Y esos pies del mismo Ángel, que se sostiene en el aire y marcan un movimiento ascensional, ingrávito, hacia las lejanías celestes! La *Resurrección de Cristo*, del Museo del Prado, señala en la obra del Greco una cima y una superación gloriosa. Pero es acaso en *Pentecostés*, del Museo del Prado, donde El Greco da la nota de espiritualización más sublime, más arrebatada. Todo resulta portentoso en este cuadro, que es una pura llama inextinguible, un puro ardor místico. Los Apóstoles y las santas mujeres —la Virgen inefable— aparecen embriagados de espíritu, absortos ante la visión divina, se elevan armoniosamente en un incontinido arrebato místico. Se explica el entusiasmo de M. Barrés ante esta obra genial, postrera, del Greco: «Et le chef d'œuvre du Greco selon mon cœur, la fleur de sa vie surnaturelle, c'est justement le dernier tableau qu'il a peint, sa *Pentecôte* que l'on voit au Musée de Madrid.»

El alma profunda y atenta del Greco encontró la dimensión de su genio en su fe ancha y encendida. Él vivió al accho de lo divino. Lo supo entrever y dar forma perdurable en sus creaciones. Pocas veces se podrá decir con más exactitud que está todo en su obra, y que su obra habla por él, por el gran cretense, envuelto en una claridad estelar, nostálgico siempre de lo divino.

P. F. G.